

Fundación Germán
Sánchez Ruipérez

BIOGRAFÍAS LECTORAS

Cuatro profesionales de distintas disciplinas responden a cuestiones que repasan su vida, sus experiencias, sus recuerdos y su presente como lectores: Purificación Corchete, bióloga y catedrática de fisiología vegetal en la Universidad de Salamanca; Marta Marañón, geógrafa, miembro de la junta directiva de Ayuda en Acción; Adolfo Menéndez, jurista, secretario general de la Fundación Princesa de Asturias y de la Asociación Española de Fundaciones; y Avelino Fierro, fiscal de menores de León y autor literario.



Puri Corchete

Marta Marañón

Adolfo Menéndez

Avelino Fierro

Biografías Lectoras
es un proyecto de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez
realizado con ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte



¿Cuál fue el primer libro que te leyeron o leíste?



Una edición para niños de La Ilíada. No sabía decir cuando la leí, muy pronto. Me dejó una viva impresión la épica vida de Héctor y Aquiles, aquellos dioses divertidos y cachondos, con sus líos entremezclados con Elena y sus idas u venidas de los aqueos a los troyanos. Sí no fue el primero fue el primero que me impresionó.



No recuerdo ningún libro en particular. Comencé a leer con tres años de edad y tengo memoria de los libros ilustrados por Ferrándiz, que cubrían desde los cuentos de Perrault a los de Andersen. Curiosamente, al escribir estas líneas rememoro “La ardilla hacendosa” y casi soy capaz de percibir su aroma.

Para mí, y creo que es así para muchos niños, la lectura era una experiencia sensorial: nos sólo se sentía el tacto del cartón de las portadas, se llegaba a percibir el olor de los colores e incluso el libro “sabía” rico. Y respecto a la segunda cuestión, en mi memoria como lectora no soy capaz de fijar un antes y un después; mi relación con los libros fue como un todo que me fue llevando de la mano a medida que iba madurando.



No tengo ni idea. Uno no tiene la memoria prodigiosa de una Rosa Chacel, que se atrevió a redactar un libro de recuerdos sobre los diez primeros años de su vida. Me leerían –y me contarían– cuentos.

Mi abuela Ángela tenía algunas historias sobre pastores y lobos y sobre la guerra. Sí recuerdo bien –quizá porque lo recuperé hace unos años y lo he vuelto a ver– un manual escolar o de lecturas: Oíd niñas..., de Federico Torres. Uno de esos libros que enseñaban a amar a la familia, a los maestros, a Dios y a la patria. A través de un lenguaje figurativo y poético, y dirigiéndose el autor al lector en primera persona, aquellos textos conseguían llegarte y despertar emociones. Además, las ilustraciones solían ser muy bonitas. Se me quedaron grabados muchos de aquellos personajes: el ratón de campo, el flautista de Hamelín, Osito sin rabo, la rana viajera...

También recuerdo a mi padre recitando alguna poesía, de memoria y con buena entonación y sentimiento. Me gustaba aquel poema de José Carlos Luna, “El piyayo”. Creo que llegué a intuir que en aquella especie de salmodia o canto –en la poesía, en definitiva– había algo distinto a las otras historias que me narraban.



Con siete u ocho años me encantaba leer las aventuras de un duende que se llamaba Pumukí. Lo recuerdo con fascinación. Por las noches soñaba con el duendecillo. Me parecía enternecedor.

¿Qué impacto tuvo tu etapa escolar en cuanto a la lectura? ¿Y la universitaria?



La etapa escolar fue trascendental para engancharme, en el proceso de desasnado descubrí inmediatamente un camino maravilloso que, sin darme cuenta, me iba singularizando. El bachiller fue trascendental porque mi colegio era de jesuitas y como se sabe su enseñanza estaba, y está, asentada en una perspectiva hondamente humanista. Descubrí a los clásicos y pude llegar a leerlos, además de traducidos, en un razonable directo en latín, no tanto en griego. Mientras yo mismo maduraba mi vida real, junto a mis amigos y contemporáneos, interiormente seguía la exploración de un camino ya infinito y placentero. Empezaba a tener criterio, contrastado con mis padres, sobre todo con mi padre que tenía una buena biblioteca, dentro de sus posibilidades porque los libros eran entonces relativamente caros para un padre de siete hijos, y un excelente criterio ya formado que inevitablemente me influía. Mi madre era también lectora de criterio, pero tenía una sensibilidad artística más plástica, iconográfica, de hecho era una pintora autodidacta y privada bastante buena.




Soy miope y la literatura me permitía ver el mundo. Me apagaban la luz, primero en casa y después en el colegio, en el que estuve interna desde los diez hasta los diecisiete años para cursar bachillerato, y las noches de luna llena eran estupendas ¡podía leer! En cuanto a la universidad, la primera etapa fue también potente; luego hubo que espaciar y situar la lectura por placer en los fines de semana, porque había que leer otro tipo de cosas y además estaban la música, los amigos y todo por conocer... Pero entonces llegó la poesía, un descubrimiento para mí en aquel momento, que luego me ha acompañado intermitentemente a lo largo de mi vida.



En esos años del paso del colegio al primer curso universitario, me recuerdo comprando siempre libros. A partir de los 17 años mi imagen es la de alguien con un libro bajo el brazo. O revistas. Iba casi a diario a la librería de Johny, Pisa, en el barrio italiano. Me enganché de tal manera, que sigo siendo un adicto. Hasta que no fui a Oviedo a terminar la carrera de Derecho, la rutina diaria era pasar allí gran parte de la mañana. Luego íbamos a tomar vinos por la zona y se volvía por la tarde cuando, después del cierre, íbamos al barrio Húmedo o a su estudio de pintura, donde yo tenía un cuartito.

En esa época ya empecé a comprar poesía, de las colecciones de El Bardo u Ocnos. Y casi todos los ejemplares de colecciones como Palabra Menor de Lumen, o los Cuadernos Marginales o Ínfimos de Tusquets, y de teoría política, los Cuadernos de Anagrama. Y cosas de Alianza, por supuesto.

Y con las revistas tenía más vicio. Me suscribí a varias y otras las compraba en el quiosco de Miguel, que me fiaba. Las revistas o semanarios de la época, Cuadernos para el Diálogo, Triunfo, El Viejo Topo, Ajoblanco, Gaceta del Arte, Guadalimar, Camp de l'Arpa, Historia 16... las adquiría con ánimo un poco de coleccionista. También hay literatura política, Sistema o Zona Abierta. Ah, y tengo la colección de una de las más



bonitas e interesantes, los Cuadernos del Norte. Y la de Poesía, que fue posterior, la más exquisita. Ahora que lo pienso, no sé de dónde sacaba el dinero. Uno de mis tíos me daba buenas propinas, pero no recuerdo haber recibido ninguna herencia ni un legado suculento.

Siempre he estado suscrito a varias. Muchas suscripciones se acababan antes de tiempo y no te devolvían el dinero. En eso eran más animosos, pero menos de fiar, de Despeñaperros para abajo.



Mi padre me inició en la lectura. Muy pronto quiso que leyera "El Viento de los Sauces" donde creo recordar que el narrador o uno de los protagonistas era un topo. Cuando tenía 9 años, al finalizar el curso de 4º de primaria con todo sobresaliente, mi padre me regaló 10 libros. Todavía conservo algunos. Fue la primera vez que alguien me hizo valorar los libros. A mis amigos les hacían regalos materiales como dinero o juguetes. Al entrar en la pubertad, me dio para leer "La vida nueva de Pedrito de Andía".

Con quince años tuve una profesora de lengua y literatura maravillosa que calificaba la asignatura en función de los trabajos que se hacían sobre los libros leídos voluntariamente. Fue, entonces, cuando descubrí a Camus con "La Peste" y "El Extranjero". Un poco antes había disfrutado leyendo "La perla" de Steinbeck.

También a los quince, mi abuelo me dio una edición preciosa de "Guerra y Paz" que tenía páginas con bordes de oro. La lectura de esa obra me marcó para siempre y despertó mi interés por la literatura rusa que tanto penetraba en el alma de los personajes. Aún recuerdo cómo, durante los recreos, mi íntimo amigo y yo comentábamos los capítulos con el mismo entusiasmo con el que hoy unos adolescentes podrían comentar una serie. A mí me atraía muchísimo el personaje de Andrei Bolkonski y me producía mucha curiosidad el de Pierre... Una vez nos regañaron en el colegio porque nos habíamos escapado a casa de los padres de mi amigo en el recreo de la comida, ya que Jacobo había descubierto en la biblioteca de su padre un libro que me quería enseñar y tenía imágenes sobre Yasnaia Poliana, la Granja Escuela que había construido Tolstói; todo un proyecto de vida.

A los 16 años, nos hicieron leer "El Quijote". De nuevo, lo leí en una edición de páginas con textura de seda. Lo conservo subrayado. Saboree cada una de sus páginas.

Estudié Geografía e Historia y me especialicé en Geografía Física. Para las asignaturas de historia fueron fundamentales libros como: "La epopeya de Gilgamesh", "La historia empieza en Sumer", "El queso y los gusanos".. Fue también cuando descubrí a mi bisabuelo, Gregorio Marañón, con su género de biografía histórica y leí "El Conde Duque de Olivares o la pasión de mandar".

Leer a Humboldt fue crucial para adentrarme en el mundo de la Geografía al que dediqué muchos años. Mi maestro Eduardo Martínez de Pisón me contagió la pasión por los libros de viajes. Recuerdo cómo me impresionaban las descripciones de Humboldt en su libro "Del Amazonas al Orinoco" de Humboldt o de Eliseo Reclús (anarquista y geógrafo) en la "Sierra Nevada de Santa Marta". En los cursos de doctorado de "Paisaje y Territorio" de la Universidad Autónoma de Madrid, había una asignatura que impartía magistralmente Nicolás Ortega Cantero que se llamaba paisaje y literatura. Evocadora



unión que quedó impregnada en mí para siempre. Fue entonces cuando leí “Los paisajes del alma” de Unamuno o “Las Sonatas” de Valle Inclán.

¿En qué época de tu vida has leído más intensamente literatura?



Si convenimos que los tebeos son literatura gráfica, pero literatura y de la grande, yo creo que siempre he leído todo lo que he podido y me ha interesado. La respuesta debería ser más bien al contrario si no he leído es porque tenía que vivir (aunque es obvio que leer es otra forma de vivir). El momento en que me vi más limitado de tiempo fue durante mi etapa política, es terrible lo esterilizante que resulta la acción política, en ese sentido cabe decir que a la política tienes que llegar leído o estás perdido.

Pero mi vida paralela ha sido siempre pensar, leer y escribir cuanto he podido o he sabido; pero no en una huida, porque tengo una vida personal plana y feliz, si vale la indiscreción, que no hace de la lectura, ni de la literatura una excentricidad o una escapada, es parte de mí mismo. Lo que varía, lógicamente, es lo que lees. Digamos en ese sentido que soy un lector de amplio espectro literario, me gusta la poesía, la prosa, el teatro...lo que sea, con tal, claro es, de que sea bueno a mi juicio. Porque también es importante no perder el tiempo con los filisteos de todo tipo.



Quizás desde los catorce a los veinte años, por razones circunstanciales: tuve la suerte de que me enseñara literatura francesa un profesor estupendo y una mujer fantástica me desveló el resto. Me entregué con toda mi alma al realismo de Zola, luego vinieron los autores rusos...



Desde que comencé sigo en ello, y no veo la manera de acabar con este vicio impune. Leemos, desde la infancia, contra la nada, en secreto a veces, a la luz de una linterna bajo las sábanas. Puede que con el corazón a borbotones o los ojos llenos de lágrimas. Nos sucedió de niños al leer a Salgari –que murió pobre en el norte de Italia– y al desplegar nuestro mapa del tesoro. O al sentir que los libros hablaban, que al abrirlos nos llegaban las voces de los personajes de entre sus páginas. Oíamos otros mundos o el silencio de las estrellas. O el mar o aquella tormenta que hace encallar la nave del pirata. Como le sucedió a Borges, el ciego, que oyó en los libros, bruscamente en una tarde, el ruido de la lluvia que, sin duda, sucede en el pasado. Y a Gil de Biedma, que sintió la especial sonoridad del aire, siendo adolescente, mientras leía, al dejar el balcón abierto una noche de verano.

Parfraseando a Wordsworth, esos serían los primeros afectos, aquellos inconsistentes recuerdos. Luego, ya se sabe, en palabras del mismo autor, “aunque ya nada pueda devolvernos la hora / de esplendor en la hierba, de gloria en las flores / no debemos afligirnos, sino sacar / fuerza de lo que aún perdura”.



Tal vez en la etapa universitaria. Pero, no soy una lectora constante. La literatura siempre me ha acompañado en los momentos de introspección, de reflexión, de desarrollo y crecimiento personal. Cuando no leo, siento que no estoy alimentando mi parte más espiritual. Para mí leer es un placer, no una competición. Leo muy despacio y me gusta detenerme en cada palabra, en cada frase. Necesito tener paz alrededor para poder concentrarme y me gusta leer tumbada.

¿Cómo han evolucionado tus gustos a lo largo de los años?



Como acabo de decir, me gusta la buena literatura, cualquier buena literatura. Hay, es verdad, una evolución de género que acompaña la edad. ¿Quién no ha leído poesía, por ejemplo, de manera singular en la adolescencia, o quién no ha ganado con la edad el gusto por el ensayo? Es verdad que te vas haciendo un criterio propio con el tiempo, disfruto mucho ahora, por ejemplo, con las memorias, pero Ludwig, o Zweig, o André Maurois han estado siempre ahí, claro.

Creo que el lector se forma con la lectura, pero también tiene un temperamento que le lleva a preferir, sin querer, a determinados autores (esto lo saben bien y lo manejan, no siempre noblemente, los especialistas del mercadeo y las nuevas tecnologías). Además están los clásicos, los imprescindibles, los insuperables; los clásicos lo son, como es sabido, precisamente porque consiguen ser siempre nuestros contemporáneos desde la Ilíada hasta aquí, pasando por El Quijote, hay unos cuentos ¿Verdad? Y luego hay fijaciones que en mi opinión no están solo determinadas por el carácter o el temperamento del lector, sino por el entorno, la circunstancia etc... Un ejemplo en mi caso es el gusto por la literatura policíaca y de misterio, que nunca me agota. O una cierta querencia por determinados autores rusos, porque le gustaban a mi padre, Tolstoi, por ejemplo.

En fin, en resumen la evolución es que si voy a una librería de verdad, Pégamo, por ejemplo, me gusta todo, si voy al Corte Inglés nada me gusta. En general me disgusta, en todo caso, el arte, en este caso la literatura, intrusivo y moralizante; prefiero lo propositivo que deja que el lector tenga su criterio. Como escribió Raymond Aron admiro a los que saben combatir sin odiar. En el caso español, por poner un ejemplo entre dos gigantes indiscutible, siempre me siento más cercano a la tolerancia cervantina que a la causticidad quevedesca.



Poco, realmente. Los nuevos descubrimientos no suponían la renuncia a los libros o los autores que me habían motivado hasta ese momento. A los dieciocho irrumpieron los sudamericanos y tuve que ampliar estantería. Luego vino algo de novela negra y también se quedó. La literatura científica forma parte de mi jornada habitual y hace unos años me sorprendí leyendo "ciencia" con deleite en plenas vacaciones y dije ¿por qué no? Estoy ansiando la próxima sorpresa.



He sido de piñón fijo, siempre ando detrás de lo mismo; igual es que no he evolucionado: poesía a esgalla, arte –tengo una buena biblioteca sobre autores, artistas, épocas, estilos, fotografía, música, arquitectura–, crítica de la cultura, ensayo, diarios. Ahí no funcionan demasiado los vaivenes ni las modas –salvo alguna estantería en la que han quedado títulos sobre lingüística, estructuralismo y cosas así –, eso no tiene épocas, lees a los clásicos y lo que se va editando sobre las materias que te interesan. Y, puede que suene a presunción, pero creo que tengo bastante buen gusto, y aunque he acopiado algunos miles de libros prácticamente todos me han parecido en su momento necesarios.



Con los años me he ido decantando por la novela, aunque también disfruto y me dejo llevar por la poesía. Me gusta mucho la gran novela decimonónica. Citaría “Madame Bovary”, “Los Maia” y “Anna Karenina”, que estoy leyendo ahora, casi 40 años después de leer “Guerra y Paz”.

¿Crees que haber cierto tipo de libros te ha ayudado en tu carrera profesional de un modo indirecto o remoto? ¿Crees que ciertas lecturas lo han hecho de una forma más directa?



No tengo la menor duda, la literatura te hace mejor hombre y eso incide en cualquier actividad que desarrolles. Incluso la literatura científica, la jurídica en mi caso, que es la más vinculada al puro desarrollo profesional, es estéril si no está bien escrita, además de tener sus propios límites en círculos profesionales o académicos siempre reducidos. Los libros, la lectura es fundamental. No se puede ser un buen médico, un buen ingeniero, un buen abogado, un buen profesor, un buen periodista, un buen camarero, un buen electricista, un buen lo que sea sin ser antes un hombre. Y no se puede ser hombre en plenitud sin lo que la literatura aporta.

Un jurista que no conozca la Ilíada y la Odisea, y de ahí para adelante, no será bueno en lo suyo jamás. Los grandes maestros tienen una mirada amplia, que pasa necesariamente por la lectura. ¿Algún libro con influencia directa? Muchos. Solo algunos ejemplos, la biografía de Abraham Lincoln de Ludwig o la de Disraeli de Maurois son tan sugerentes, como imprescindibles, para un jurista. Como se puede ser abogado y no haber leído a Cicerón, por ejemplo, es sencillamente imposible.



En cierto modo, soy bióloga a causa de Stevenson y su Doctor Jekyll, aunque luego mi profesión fue la biología vegetal y no dedicarme a hurgar en el cuerpo humano. Por otro lado, tuve que aprender inglés y leer en inglés y creo que este esfuerzo pude sostenerlo gracias al entrenamiento lector previo. La redacción de mis autores sin duda me ha ayudado a construir mejor mis propios documentos de trabajo y aunque la narración sea distinta, el alma de los que tanto y tan bien han escrito ha guiado con más ligereza mi lápiz y el teclado del ordenador.



Soy funcionario de Justicia. Parecería en principio que en el desempeño de mi tarea profesional poco pueden influir las ficciones o la poesía, manejamos hechos y normas jurídicas. Aunque trabajé unos años como profesor asociado de Filosofía del Derecho y eso, unido a que una parte muy importante de mi trabajo como Fiscal lo es con menores delincuentes o en delitos tecnológicos, sí que me ha llevado a lecturas de sociólogos, educadores, filósofos o teóricos del derecho que no se han dedicado sólo a esos aspectos más prácticos de la legislación, el proceso judicial o las normas.

Luego los he utilizado en escritos míos, más o menos jurídicos o técnicos. Me han ayudado a pensar mejor o a enfocar de forma más adecuada algunos problemas. Así que es de justicia dar aquí unos cuantos en representación de otros muchos: Ferrajoli, Perfecto Andrés, Bobbio, Atienza, Amado, Dworkin, Latorre, Capella, Kelsen, Ferlosio, Appia, Sandel, Nino, Carr, M. Nussbaum, Lanier, Morozov, Byung-Chul Han, S. Pinker, Moreno Castillo, García-Pablos, Bauman, S. Turkle...



Sí, lo creo. Creo que todo lo que leí durante mi etapa universitaria me enseñó a mirar, a sintetizar, a interpretar y configuró mi alma de geógrafa. Leer la "Geografía Regional de España" de Manolo Terán y Solé Sabarís y leer a mi maestro, Eduardo Martínez de Pisón, sirvió para que aprendiera a descifrar la ciencia del paisaje. Más tarde, recuerdo haber descubierto al naturalista y divulgador Joaquín Araujo que me enseñó a disfrutar de la belleza de la Naturaleza con libros como "Los instantes del bosque".

No obstante, por otras circunstancias de mi vida, mi carrera profesional siguió por otros derroteros. Entre el 2003 y 2011 estuve trabajado en muchos contextos de crisis humanitarias, en estados frágiles y en países muy pobres haciendo evaluación de proyectos de cooperación al desarrollo y acción humanitaria. La realidad que he vivido, oído, sentido y visto muchas veces ha sido tan dura que en mis lecturas tiendo a evadirme y me gusta sumergirme en otras épocas y lugares. Puede parecer frívolo, pero, tal vez, sea lo que a mí más me ayude a encontrar equilibrio para afrontar con pasión mi trabajo. No me atrae mucho seguir leyendo teoría y disquisiciones de gabinete después de pisar el terreno, palpar la realidad y observar con mis propios ojos. En este sentido, para mí la literatura (sobre todo la novela y la poesía) es un refugio que me da cobijo. Algo similar me sucede con la música.

Yo encuentro conexión entre la lectura y la capacidad para escribir, estructurar y articular ideas. En mi desempeño laboral actual, soy portavoz de la Fundación Ayuda en Acción y con frecuencia tengo que participar en mesas redondas y hablar en medios de comunicación. Estoy convencida de que leer sirve para desarrollar esas habilidades de comunicación. Percibo que en los periodos en los que más leo, fluyen mejor las palabras y las ideas, tanto al expresarlas oralmente como por escrito.

¿Qué libros puedes citar como lecturas que recuerdas mucho o se puede decir que son tus favoritos tanto de “ficción literaria” como de “no ficción”?



El Quijote, La Guerra de las Galias, Ser Cristiano y toda la obra de Hans Küng, haría una lista infinita, En el bien entendido de que me parece una crueldad elegir. Cada libro es un grito singular, no creo que se pueda decir me gusta Erasmo de Rotterdam, pero detesto a Santo Tomás Moro y elijo solo al primero, por ejemplo. Sobre todo, si consideramos, como dije antes, el criterio propositivo. Un libro es una sugerencia para formar tu propia opinión, pero no es un dogma. Es terrible el dogmatismo, pero el dogmatismo de un solo libro letal. La exclusión, el criterio de esto debes leerlo esto no nos lleva directamente a las hogueras organizadas por Goebbels y sus secuaces a las puertas de la Universidad Humboldt; es decir a la más absoluta barbarie.

La lectura es un acto de libertad, de afirmación cultural, de civilidad. Paradójicamente la lectura, que es un acto de tolerancia o no es nada, debe asumir que hay cosas inaceptables. Pero no puede dejar que otros las digan, debe esforzarse por revocarlas, por argüir, por convencer. Se trata, como dejo dicho Unamuno con su conocido discurso, tan manido como certero, de convencer no de vencer. De persuadir no de imponer.



¡Ah! no puedo responder con precisión. Como decía el joven protagonista de 1, 2, 3, 4 de Auster: "Este libro es el mejor que he leído en la vida; Dios mío, nunca, nunca se escribirá otro como este", y después Dios hacía milagros y le ponía en las manos una y otra vez otra historia irrepetible, maravillosa y única. Yo tengo a veces esa sensación.



Estoy leyendo a un autor, Ignacio Peyró, que en una parte de su diario enumera a los escritores que le gustan. Yo coincido en la mayoría: Galdós, D'Ors, Pla, Cervantes, Larkin, Paul Morand... En mi primer libro, Una habitación en Europa, el último capítulo estaba dedicado a glosar a mis maestros: Baroja, Pla, Faure, Borges, Azorín, González Ruano, D'Ors, Zweig, Gaziell, Steiner, Brodsky, Camba...

Mis últimas lecturas felices han sido las de dos diaristas. Con delectación, saboreando cada página –desde que supe de su existencia por una selección en el suplemento Babelia del periódico El País– he ido dando cuenta de los diarios de Ricardo Piglia, que él atribuye a ese alter ego, Emilio Renzi. En el primero, el adolescente deja la casa familiar en Adrogué para irse a vivir a Mar de Plata. Diversos amoríos, intentos de publicar su primer libro de relatos, el primer single de Los Beatles, su amigo Cacho, que se dedica al robo de coches; el abuelo, que vive obsesionado por su colección de cartas y recuerdos personales de los soldados italianos que sirvieron a sus órdenes en la Primera Guerra...

Y todos habíamos oído hablar de Julio Ramón Ribeyro y sus diarios. He sido un lector tardío de La tentación del fracaso, que se editó ya en 2003 en Seix Barral. Lo terminé en los primeros días de diciembre de 2019. Un desdoro para un diarista que se precie.



Aunque la pregunta me parece que era otra: diré que la poesía es el género que más frecuento. Aquí nos alargaríamos demasiado, tendríamos que resumir toda una vida de lector, más de cuarenta años. Quizá valga con una frase un tanto aséptica y utilitaria para que no nos emocionemos demasiado hablando de Machado o Biedma, Blas de Otero o Garcilaso, Dickinson, Larkin o Tróströmer. Es de Bradbury, que viene a ser un consejo para alguien que quiera ser narrador: "Lea usted poesía todos los días... Ejercita los músculos que se usan poco; mantiene alerta los sentidos; no permite que nos olvidemos de la nariz, el ojo, las orejas, la lengua, la mano; condensa un mundo en una metáfora. Como las flores de papel, las sílabas del poema se abren ante nosotros en formas gigantescas". Aunque tengo la sensación, ay, de que ese fervor hacia la poesía va moribundiéndose con el paso de los años.



Me gustaron mucho: "El barón rampante", "El caballero inexistente" y "el Vizconde Demediado"; "El amor en los tiempos del cólera" y "Cien años de soledad"; "El último encuentro" de Sandor Marai, "El principito" que siempre redescubro, "Siddharta", "El tiempo entre costuras", etc. Son los libros que primero me vienen a la memoria. Entre mis lecturas favoritas está también la poesía de Lorca.

En los últimos años me he deleitado con la lectura de la recientemente publicada trilogía de "Palmagallarda" de Ignacio Romero Solís, quien describe de una manera gatopardesca la decadencia de una familia aristocrática andaluza antes, durante, e inmediatamente después de la Guerra Civil. En esta novela confluye magistralmente la descripción minuciosa de los ambientes y personajes con una seductora trama de acción. Su autor me invitó a participar en la edición de los tres volúmenes y le estoy muy agradecida porque para mí ha sido un gran descubrimiento.

